

La comunicación en clave latinoamericana

The communication in Latin American code

A comunicação de base latinoamericana

Erick R. TORRICO VILLANUEVA

Universidad Andina Simón Bolívar. Bolivia / etorricon@uasb.edu.bo

Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación

N.º 132, agosto-noviembre 2016 (Sección Tribuna, pp. 23-36)

ISSN 1390-1079 / e-ISSN 1390-924X

Ecuador: CIESPAL

Resumen

Al señalar que América Latina es un *locus* de enunciación distinto para la Comunicación no se pretende materializar una suerte de privilegio epistemológico para este territorio. Se trata de explorar y explotar el dato de que la región sintetiza una colocación estructural que la habilita como punto desde el cual llevar a cabo una reinterpretación no eurocéntrica de la historia del mundo e impulsar el desmontaje de los mecanismos de la occidentalización compulsiva a los que este mundo fue sometido tras la integración de América a la geografía planetaria. Resulta factible, por consiguiente, desde esta parte del globo plantear una nueva comunicación alter(n)ativa, primero en el plano epistemológico-teórico y luego en el de la praxis.

Palabras clave: colonialidad; pensamiento alternativo; crítica; independencia; desarrollo.

Abstract

In pointing out Latin America as a distinct *locus* of enunciation for Communication it is not intended to materialize a kind of epistemological privilege for this territory. It is to explore and exploit the fact that the region synthesizes a structural placement from which it is possible to carry out a non-Eurocentric reinterpretation of the history of the world, and promoting the dismantling of the mechanisms of compulsory westernization to which the world surrendered after the integration of America to planetary geography. Feasible, therefore, from this part of the globe to raise a new alter(n)ative communication, first in the epistemological-theoretical level and then the praxis.

Keywords: coloniality; alternative thought; critique; independence; development.

Resumo

Ao assinalar que América Latina se constitui em locus distinto para a Comunicação não se pretende materializar uma espécie de privilégio epistêmico para este território. Trata-se de explorar o fato de que a região sintetiza uma condição estrutural que a habilita como ponto desde o qual se pode proceder a uma interpretação não eurocêntrica da história do mundo visando impulsionar o desmonte de mecanismos da ocidentalização compulsiva aos quais estivemos submetidos após a integração da América à geografia planetária. Resulta factível, portanto, desde essa parte do globo propor uma comunicação alter(n)ativa, tanto no nível epistemológico-teórico como no da praxis.

Palavras-chave: colonialidade; pensamento alternativo; crítica, independência; desenvolvimento.

1. Introducción

América Latina ha sido y es un lugar geográfico e histórico fundamental para el pensamiento comunicacional alter(n)ativo, es decir, para aquel que aporta una concepción de la comunicación distinta a la proveniente de la tradición académica occidental o euro-estadounidense.

La propuesta latinoamericana representa, así, tanto una opción comprensiva diferente como una acción deliberada para trastornar la calma del *establishment intelectual* y, además –en particular en los últimos años–, una oportunidad concreta para recobrar los principios de la convivencia en comunidad e impulsar su integración práctica en los procesos de (inter)relación significativa a todo nivel.

Desde los precursores que desbrozaron las sendas de la crítica y la contestación emancipadoras¹, a inicios de la década de 1960, hasta los teóricos contemporáneos de la construcción del sentido o las mediaciones múltiples y los actuales de la decolonialidad², la región ha venido sedimentando una *idea otra* de comunicación inspirada en la especificidad de lo humano y en su trascendencia convivencial posible.

El momento presente marca un nuevo hito en ese decurso reflexivo y propositivo, cuando comienza a hacerse visible y audible la discusión acerca del desbordamiento necesario de los límites que la Modernidad impuso también en el ámbito comunicacional. Mas es justamente este lapso de remozamiento de la crítica teórica y proyectiva el que demanda que se vuelque la mirada al pasado reciente para husmear en las raíces y rasgos del pensamiento regional propio en la especialidad.

2. La condición del locus latinoamericano

América Latina tiene en su sello de origen los procesos de conquista, colonización e independización incompleta. Más tarde, hacia mediados del siglo XIX, lapso en que empieza a perfilarse su nueva identidad como área geocultural –esto es, la de Latinoamérica como tal–, recibió los embates de la disputa hegemónica entre los ya decadentes imperios europeos y, casi una centuria después, acabó como parte de la zona de influencia neocolonial irradiada desde Washington, el más reciente centro de poder de Occidente.

1 Aquí se hablará indistintamente de emancipación y liberación, asumiendo que poseen acepciones equivalentes.

2 El movimiento por la decolonialidad apunta a la desestructuración de los patrones de poder y conocimiento establecidos por la modernidad eurocéntrica como recurso de imposición y legitimación del proyecto civilizatorio occidental, propósito que por tanto implica la superación de la colonialidad, es decir, de la jerarquización racializada de las poblaciones que alimenta el desigual orden internacional y también el interno de los pueblos subalter(n)izados. Ver Castro-Gómez y Grosfoguel (2007) y Quijano (2009). Hoy la colonialidad tiene una triple dimensión: la del poder, la del saber y la del ser (Cfr. Lander, 2000).

En consecuencia, invasión, sojuzgamiento, saqueo, vejación, encubrimiento, oligarquización y discriminación fueron los rasgos/datos con los que se constituyó y desenvolvió la región, que emergió como un “invento” tardío dentro de la “invención de América” (O’Gorman, 2005) que se había plasmado ya mucho antes, con ocasión de que en 1507 el cosmógrafo alemán Martin Waldseemüller publicara su mapamundi incluyendo esta denominación.

Como creación decimonónica, América –con el apelativo de “latina”– surgió en el diseño y el lenguaje de las relaciones exteriores a finales del decenio de 1830, por obra del político e intelectual francés Michel Chevalier –que planteaba una política de tutelaje de su país sobre los pueblos sudamericanos con el fin de contrarrestar el predominio anglosajón en estos territorios.

Ese propósito recolonizador galo no llegó a prosperar y encontró un tan rotundo como definitivo fracaso en la caída del Segundo Imperio Mexicano, que estaba a cargo del emperador Maximiliano de Habsburgo, ajusticiado en 1867 por las fuerzas republicanas de Benito Juárez.

No obstante, la designación ensayada por Chevalier empezó a ser resignificada y apropiada por los intelectuales de la región, que vieron en ella un elemento relevante de diferenciación, y aun de resistencia, con respecto al norte angloparlante del continente. De ese modo, en la segunda mitad del siglo diecinueve nació la convicción sobre la existencia de una América Latina, ya como nombre propio. Aunque fue solo bordeando el año 1950 cuando esta noción entró en la escena internacional, primero en ciertos espacios académicos y posteriormente en otros correspondientes a la política.

Cabe recordar, a título de ejemplo, que en 1948 fue constituida la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), en 1950 nació la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS); siete años después, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO); luego, en 1959, el Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina (CIESPAL); en 1967, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y, en 1978, la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC).

En todo caso, más allá de que América Latina o Latinoamérica se convirtieran en denominativos para demarcar territorialmente el espacio ocupado por las excolonias americanas de España y Portugal y para intentar promover una identidad compartida entre ellas, supusieron igualmente la asunción de un contenido político contestatario que se hace cargo de la condición subalter(n)izada de la región –es decir, de su colocación secundaria, a la vez que inferiorizada en la historia mundial– y que se propone confrontarla.

Con base en ese triple alcance de la “latinoamericanidad” es dable sostener que la región es un *locus* multideterminado –una posición históricamente localizada– desde el que se puede aprehender lo real con otra perspectiva, hecho que, por supuesto, incluye a la comunicación como objeto pensable.

3. Tres grandes búsquedas

Como resultado de la condición histórica en que se dio su configuración, el subcontinente latinoamericano persiguió tres objetivos centrales a lo largo de su trayectoria: la independencia, el desarrollo y la democracia, sin que se pueda afirmar que, hasta la fecha, haya terminado de alcanzar todos de forma plena.

En el primer caso, en la etapa final del proceso de conformación de las repúblicas, contra la joven independencia política regional respecto de la Europa ibérica se alzó la amenaza de la supremacía estadounidense explicitada en la llamada “Doctrina Monroe”, que ya en 1823 dejó clara la pretensión de establecer un control continental desde Washington bajo el lema de “América para los americanos”. Esa línea política –anunciada entonces por el quinto presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, James Monroe– dio lugar a decenas de acciones de intervención militar y política abiertas –u ocultas– de ese país en el territorio de América Latina desde 1831 y se mantiene como substrato vigente de la política exterior estadounidense, que continúa considerando a la zona como su “patio trasero”, tal como lo recordó el actual Secretario de Estado John Kerry (aunque más tarde se vio obligado a retractarse) en su discurso del 17 de abril de 2013 ante el Comité de Relaciones Exteriores de su Cámara de Representantes³.

Pero los propósitos emancipadores de la región no solo conciernen a la identificación y repudio de esa intromisión dominadora externa –también vinculada en tiempos más recientes a la acción de ciertas corporaciones globales–, sino igualmente a la denuncia y combate de los grupos de élite que todavía controlan el poder político-económico en el seno de las diferentes naciones que la conforman, fenómeno que, desde inicios de los años sesenta del siglo veinte, es examinado a la luz de la categoría del colonialismo interno y que a partir del primer decenio del nuevo milenio presenta, en algunos casos, movimientos de reemplazo en la composición de esas élites.

En el segundo, especialmente referido a la situación de rezago productivo e inequidad social que se expresa con frecuencia en términos de inestabilidad política, América Latina se ha visto enfrentada de manera reiterada a la imposición directa o no de modelos foráneos, por lo general de corte desarrollista y extractivista, que condicionan su economía y fijan sus límites; dinámica en que inclusive se insertan experiencias políticas que se presumen progresistas. Y lo propio sucede con el carácter y las potencialidades de los proyectos integracionistas (bloques de naciones aliadas, sobre todo, para facilitar el comercio recíproco) que fueron emprendidos hasta la actualidad. Así, persiste ante todo la búsqueda del crecimiento material y de la mejora constante en los indicadores que dicen medirlo, en desmedro de la deseable superación efectiva de las desigualdades.

3 Ver. <http://bit.ly/2f8DlIP>.

Y, en el último caso, la reinstalación o la incorporación de la forma democrática de gobierno en los países de la región que se dio a partir del decenio de 1980 no ha supuesto un incremento cuanti-cualitativo de la participación ciudadana en los asuntos públicos y en las decisiones que les conciernen; al contrario, en la mayor parte de los casos, si bien se ha avanzado en la modernización normativa y en una relativa gobernabilidad, ello no ha estado acompañado de un afianzamiento equivalente de la institucionalidad ni del pluralismo, al margen de que la democracia como régimen, y quizá sobre todo como práctica electoral, ha resultado instrumentalizada a favor de los intereses de los grupos gobernantes tradicionales y nuevos.

Las búsquedas autonomistas latinoamericanas, por tanto, se mantienen “en proceso”, lo mismo que el anhelo de forja de una identidad regional que, de paso, es puesta en cuestión por los propios críticos internos. En este sentido, hay voces que señalan que América Latina es una noción y un proyecto “ajeno”, venido de Europa, y que apenas traduciría la autopercepción y pretensiones de ciertos sectores urbanos extranjerizados. Y hay asimismo otras, enfrentadas, que recientemente han revivido la pugna respecto a si el comienzo de la historia regional hay que situarlo en tiempos del republicanismo pos-independentista o más bien en los precolombinos⁴.

4. Medio siglo y más de pensamiento comunicacional crítico

En ese marco, es lógico que las ideas en torno a la comunicación hayan sido y estén permeadas por las características, las necesidades, las aspiraciones y los debates presentes en el contexto regional descrito, como lo es el hecho de que el sustrato epistemológico del pensamiento especializado desarrollado al respecto –que tanto en su vena crítica como en la conservadora empezó a desplegarse en la región en la primera mitad de los años sesenta del pasado siglo– se halle en la concepción moderna del conocimiento que, desde su emergencia en la época de la Ilustración (siglo diecisiete), se esparció por el mundo y continúa siendo el arquetipo prevaleciente para regular y gestionar la producción intelectual en todas las áreas del saber.

Pese a que la observación, la medición y la experimentación, como bases operativas de la manera *aceptada* de conocer tuvieron antecedentes incluso en el siglo quince, fue la Modernidad la etapa histórico-cultural que formalizó los parámetros todavía vigentes para la ciencia; los mismos que separan *naturaleza* de *sociedad* pero a la vez proponen la unidad metodológica para estudiarlas, buscan establecer legalidades fenoménicas de validez universal, distancian sujeto cognoscente de objeto cognoscible, defienden la objetividad y la verificabilidad del conocimiento producido, dan primacía a la razón formal en las expli-

4 Sobre estos temas, véase, por ejemplo, Reinaga (1978), Beorlegui (2010) y Mejía (2013).

caciones, reducen lo cognoscible –y, por ende, lo “verdadero”– a lo perceptible o asumen que todo conocimiento debe indefectiblemente apuntalar el sentido del progreso.

Ese paradigma moderno, que forma parte del patrón civilizatorio eurocéntrico, es la pauta bajo la cual se fue estructurando el pensamiento latinoamericano sobre la realidad regional en general y, por supuesto, aquel relativo al campo de la Comunicación. En buena medida, arrastrando la herencia del período colonial, primero el pensamiento local fue una reproducción de las ideas y las corrientes importadas de Europa –en especial de España, Inglaterra, Francia y Alemania (Salazar, 2006)– y, más tarde, con las revoluciones independentistas y la constitución de las naciones, comenzó la “emancipación mental” (Zea, 1976). Una trayectoria similar fue seguida por las ideas respecto a la comunicación, que en América Latina comenzaron reproduciendo las que venían, ante todo, de los Estados Unidos de Norteamérica y Alemania, para luego dar lugar a otras más expresivas de la realidad inmediata, aunque la tendencia a la repetición y a la amplificación de lo foráneo no ha variado sustancialmente hasta la actualidad.

Y fue justo en los años en que se discutía si América Latina hizo o no contribuciones originales a la filosofía y acerca de si el pensamiento propio era una condición previa de cualquier emancipación o más bien su resultado⁵, cuando el pensamiento teórico comunicacional latinoamericano entró en la escena intelectual, en evidente –mas no homogénea– respuesta a los planteamientos entonces en boga procedentes de la academia occidental e imbuido de un espíritu crítico, a la par que humanista; el cual, a pesar de haberles provocado importantes grietas, no llegó a erosionar definitivamente las fronteras modernas.

Entonces Latinoamérica empezó a nutrir con remozados ingredientes el pensamiento comunicacional, es decir, el acumulado polimórfico de elaboraciones conceptuales referidas al proceso de la comunicación que dispone de una base empírica variable y tiene grados distintos de articulación interna, conjunto ideacional que recibió una serie de significativos aportes desde una óptica distinta a la del mediacentrismo y el efectismo⁶.

Los abanderados de esta precursora incursión intelectual, inaugurada en 1963, fueron el filósofo italo-venezolano Antonio Pasquali, el pedagogo brasileño Paulo Freire y el comunicólogo boliviano Luis Ramiro Beltrán, quienes respectivamente concibieron la comunicación como diálogo interhumano, clave del mundo histórico y cultural, así como acción reflexiva y dialógica. Pero la brecha crítica e innovadora abierta por ellos fue continuada y diversificada por un importante grupo de autores a lo largo de más de medio siglo. Incluyendo

5 Para revisar el ya clásico intercambio a este respecto se debe consultar Salazar (2006) y Zea (2010), o también Arpini (2003).

6 Es mediocéntrica la concepción que supedita toda comunicación a la presencia primordial y al uso de medios, preferentemente tecnológicos, que la hagan posible. Y efectista es la que, sobre todo convencida del poder mediático, atribuye una indiscutible eficacia dirigida a los procesos de emisión.

a los tres ya nombrados, hasta fines de la primera década de la actual nueva centuria fueron 41 los intelectuales de, y en, la región –35 varones y 6 mujeres– que se preocuparon por estructurar y sustentar alguna definición explícita de comunicación.

La nómina de los contribuyentes al pensamiento teórico comunicacional latinoamericano, no siempre pertenecientes a la vertiente crítica innovadora o renovadora, se completa con Luiz Beltrão en el decenio de 1960; Eliseo Verón, Fernando Reyes Matta, Diego Portales, Armand Mattelart, Frank Gerace, Francisco Gil, Jesús Martín-Barbero, Camilo Taufic y José Antonio Paoli en el de 1970; Mario Arrieta, Héctor Schmucler, Juan Díaz Bordenave, José Marques de Melo, Javier Esteinou, Mario Kaplún, Mauricio Antezana, Marcelo de Urioste, Daniel Prieto, Luz Palacios, Severo Iglesias, Raúl Fuentes, Amaro La Rosa, Felipe López y Gabriel Niezen en el de 1980; Alicia Entel, Néstor García Canclini, Rosa María Alfaro, Raúl Rivadeneira, Francisco Rüdiger y Rossana Reguillo en el de 1990, y Eduardo Vizer, Vera Veiga, Luiz Martino, Enrique Sánchez, Walter Navia, Daniel Hernández y Marta Rizo en el de 2000.

Todos ellos, representantes de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, México, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela, además de los dos latinoamericanistas de Bélgica (Mattelart) y los Estados Unidos de Norteamérica (Gerace) que integran la lista, plantearon en su momento conceptos explícitos de comunicación que hoy forman parte del capital teórico de la especialidad y alimentan la particularidad de la perspectiva regional en este ámbito⁷.

5. Pensamiento subversivo

La orientación hacia la subversión de lo establecido es, sin duda, el rasgo distintivo persistente del pensamiento latinoamericano, movimiento atribuible a la ya anotada condición subalter(n)izada de la región en su constitución y desenvolvimiento. Así, el pensamiento social crítico –esto es, el de carácter más bien ensayístico y prescriptivo–, que corresponde al lapso anterior al decenio de 1960, enarboló el discurso anti-colonial y luego el de la identidad regional pluricultural y la anti-oligarquía, en tanto que el pensamiento teórico crítico –es decir, el sistemático y predicativo que conceptualiza y documenta–, se desplegó a partir de los años sesenta con una tónica tanto anti-oligárquica como antiimperialista y anti-neocolonial.

En el primer caso, descollaron pensadores como el cubano José Martí, el uruguayo José Enrique Rodó y los peruanos Manuel González Prada y José Carlos Mariátegui, quienes advirtieron sobre el riesgo del expansionismo y la influencia modélica estadounidense, a la vez que respecto a la situación regional intestina de desigualdad, explotación y racismo. En el segundo, a lo largo

7 Puede consultarse a este respecto el estudio inédito de Torrico (2015b).

de las *décadas rebeldes* latinoamericanas (1960 y 1970), despuntaron las ideas y los planteamientos del brasileño Fernando Henrique Cardoso y el chileno Enzo Faletto en torno a la Teoría de la Dependencia, del peruano Gustavo Gutiérrez en relación a la Teología de la Liberación, del brasileño Paulo Freire acerca de la Pedagogía del Oprimido, del argentino Enrique Dussel sobre la Filosofía de la Liberación y del boliviano Luis Ramiro Beltrán a propósito de la Comunicología de Liberación.

Para lo que acá interesa, cabe remarcar el sentido y el alcance de la propuesta beltraniana, que fue la única que se hizo de manera específica y explícita desde el campo de la Comunicación en pro de la emancipación.

Se trató, por una parte, de un cuestionamiento de fondo a la instrumentalización y deshistorización del conocimiento para el ajuste social, así como a la utilización mecánica de premisas, objetos y métodos foráneos por los investigadores latinoamericanos del área y, por otra, de la anunciación de un pensamiento comunicacional propio, socialmente comprometido pero teórica y metodológicamente riguroso, capaz de dar cuenta de la realidad concreta de América Latina y de ponerse al servicio de la causa de su dignidad.

Beltrán sintetizó en la noción de Comunicología de Liberación los anhelos de una comunicación que, en su práctica, recuperara el lugar central de cada persona con su aptitud de agencia y que, en su estudio y comprensión, no solo fuese sensible al reconocimiento de las influencias del contexto –esto es, de “encontrarse frente a frente con la sociedad como un todo” para “escudriñar valerosamente” ese sistema social (Beltrán, 1982, p. 106)–, sino que también tuviera la fuerza y voluntad necesarias para “cuestionarlo eventualmente y proponer cambios” (p. 107).

En ese sentido, el especialista boliviano puso de relieve que ya en ese momento, los años setenta del anterior siglo, hubiese surgido *un nuevo enfoque* en el campo de la Comunicación, al que caracterizó del siguiente modo:

[...] parte de entender la comunicación integral y dinámicamente como un proceso en el cual todos los componentes merecen una atención comparable e inseparable. También brota de la convicción de que tal proceso está inextricablemente entremezclado con la estructura de la sociedad total y, en particular, con los determinantes económicos de esta estructura. Más aún, el enfoque percibe a la actividad de comunicación en Latinoamérica como condicionada por los intereses norteamericanos de comunicación como todo el sistema social de la región es dependiente económica, cultural y políticamente de este país en particular (Beltrán, 1982, p. 116).

Esa Comunicología de Liberación, cuestionadora de la dependencia, la teoría economicista del desarrollo, el mediacentrismo, el papel difusionista de las comunicaciones y la teoría de la modernización, se confrontó igualmente con la instrumentalización de los procesos comunicacionales y la resultante cosifi-

cación de sus participantes, posición esta que Beltrán resumió en su propuesta de ‘comunicación horizontal’ en 1979 y cuya índole expresó en esta definición:

La comunicación es el proceso de interacción social democrática que se basa sobre el intercambio de símbolos por los cuales los seres humanos comparten voluntariamente sus experiencias bajo condiciones de acceso libre e igualitario, diálogo y participación. [...] Todos tienen el derecho a comunicarse con el fin de satisfacer sus necesidades de comunicación por medio del goce de los recursos de la comunicación. [...] Los seres humanos se comunican con múltiples propósitos. El principal no es el ejercicio de influencia sobre el comportamiento de los demás (Beltrán, 2013, p. 71).

Desde esos planteamientos, que no pueden sino ser asumidos como fuente primaria para la decolonización del pensamiento comunicacional regional en el seno de la pugna por la independencia epistémica frente al predominio occidente-céntrico, América Latina confirma su vocación de insubordinación transformadora⁸ con vista a la edificación de una comunidad de y con derechos.

6. Una concepción latinoamericana

El pensamiento latinoamericano en materia de Comunicación tuvo como referencia las ideas dominantes estadounidenses y europeas expuestas, principal y respectivamente, en los modelos de aprehensión y las directrices interpretativas de la *mass communication research* y de la “industria cultural”, las mismas que originaron las corrientes teóricas pragmática –o administrativa, para Paul Lazarsfeld– y crítica, cuyo influjo contrastado continúa prevaleciendo con diversos matices y ciertas actualizaciones temáticas en la labor investigativa, la producción bibliográfica y la enseñanza universitaria de la especialidad.

Tales tradiciones intelectuales dan base a la “Comunicación occidental” (Torrice, 2015a), esto es, a la manera en que, entre finales de la década de 1920 y mediados de la de 1960, el hecho comunicacional fue convertido en objeto pensable dentro del horizonte epistemológico moderno, el cual responde a las características, intereses y posibilidades de una situación histórica concreta: la del Viejo Mundo y su prolongación norteamericana. Solo treinta años después esta última, gran vencedora de la conflagración contra el nazismo y el fascismo y única potencia habilitada para combatir al comunismo, consiguió invertir la desventaja en la relación de fuerzas que había mantenido hasta entonces con Europa y tomó a su cargo la dirección del proyecto hegemónico de Occidente.

8 Un hito previo fundamental en la configuración de este trayecto intelectual fue el seminario titulado “La investigación de la comunicación en América Latina” que se efectuó en San José de Costa Rica, en septiembre de 1973, y que no solamente contribuyó a canalizar el proceso de institucionalización de un espacio académico propio para la Comunicación sino que, además, definió líneas críticas clave para el pensamiento y la acción de los investigadores de la especialidad en la región. Ver: CIESPAL (1973).

Consiguientemente, la comunicación (el proceso) fue conceptualizada desde un lugar de enunciación particular que privilegió la unilateralidad de la transmisión, la centralidad de los medios tecnológicos, la masividad preferente de las emisiones y la persecución de efectos a favor del capital, razón por la cual la Comunicación (el campo de estudios) adquirió una índole tecnicista, liberal y de saber aplicado.

Ese entendimiento de la comunicación en sus niveles de operación y comprensión se fue afianzando como un criterio paradigmático y de validez universal, pero frente a ello se elevaron las voces latinoamericanas que sometieron a juicio los asertos, procedimientos y objetivos de esa occidentalización. Hoy mismo, y aunque todavía se encuentra en ciernes, la impugnación decolonial de los conceptos clásicos y las estructuras de control que prevalecen en el ámbito comunicacional representa una exteriorización remozada cuanto vigorosa de ese accionar insurrecto pero propositivo.

Desde una lectura situada del pasado y los acontecimientos contemporáneos de la realidad regional, en diálogo con las vertientes y problemáticas de las Ciencias Sociales, con un sentido vivo de la participación y en claro compromiso con el interés público, el pensamiento comunicacional latinoamericano erigió, a partir de la década de 1960, un frente intelectual que articuló las expectativas y las luchas por la independencia, el desarrollo y la democracia con los procesos de comunicación. De tal posicionamiento se derivaron sus análisis preeminentemente críticos y sus planteamientos prescriptivos.

En América Latina, en ese contexto, se reconoce la naturaleza antropológica, social e histórica de la comunicación y se la considera el fundamento del ser social, a la par que un hecho diferenciador y privativo de lo humano. La comunicación es concebida como una acción esencialmente dialógica, liberadora del individuo y el colectivo, una práctica simbólica productora de sentidos y, por tanto, imbricada con el ejercicio del poder representacional.

Para los pensadores críticos latinoamericanos, la comunicación es (o debe ser) democrática por sí y posee un potencial democratizador que la vincula indeliblemente con los derechos, las libertades, el acceso abierto, la reciprocidad, la participación y el pluralismo. Así, una diferencia fundamental en la idea de comunicación desarrollada en la región respecto de la instrumental y tecnicista visión occidente-centrada radica en la finalidad humanizadora y comunitaria que se atribuye al proceso de (inter)relación significativa entre interlocutores en igualdad de condiciones.

7. La crítica utópica, *episteme* latinoamericana

Por todo lo dicho previamente es posible sostener que América Latina produjo una *episteme* propia en materia de conocimiento sobre comunicación, esto es, una perspectiva intelectual que toma fundamento en la condición regional, que

a un solo tiempo supone un estado de subordinación político-económica forzada, una inferiorización social provocada y sustentada desde el exterior y un caudal interno diferenciador que potencia la alternativa de la liberación. En resumen, el horizonte latinoamericano para el conocimiento comunicacional proviene de la antes citada perspectiva subalter(n)izada.

Entonces, a la manera de Michel Foucault (1986), y otra vez incorporando las particularidades, tensiones y desafíos de la historia regional, el pensamiento comunicacional latinoamericano desarrollado desde hace poco más de cincuenta años –en contraste con el que aquí se ha llamado “occidental”– se rige por un código crítico surgido de la subalter(n)idad y que es el ordenador de las percepciones, las interpretaciones y los discursos, a la vez que da lugar a un horizonte de aprehensión intelectual cuestionador y, en consecuencia, orienta en torno a lo que se considera posible y necesario de ver, decir y hacer en el campo de estudios de la especialidad.

Se trata, en otros términos, de que existe un modo regionalizado de conocer los procesos comunicacionales que se nutre de la densidad histórica del espacio latinoamericano e implica al menos dos elementos básicos: la priorización del análisis crítico que hace imaginables otras formas de realidad frente a las actuales consideradas insatisfactorias y la certeza de que la teorización debe involucrarse con la causa de la emancipación.

Aunque esta *episteme* no ha sido ni es compartida necesariamente por el conjunto de los pensadores de la Comunicación en esta área geocultural –pues hay varios que se ocuparon o aún se ocupan de reproducir y sedimentar las proposiciones procedentes de las vertientes eurófonas⁹ (Kane, 2011)–, sí es dable afirmar que constituye la base de la originalidad alcanzada por la región en el plano del conocimiento de los fenómenos comunicacionales.

La *corriente crítico-utópica* es, así, la propia de Latinoamérica. Hoy coexiste con las euro-estadounidenses en la estructuración del campo de la Comunicación, pero enfrenta cada vez más el reto de superar los constreñimientos a los que la tiene atada su origen moderno.

8. Por una comunicación alter(n)ativa pos-occidental y transmoderna

Señalar que América Latina es un *locus* de enunciación distinto para la Comunicación (y obviamente para otras miradas sobre la realidad también) no significa que se pretenda materializar una suerte de privilegio epistemológico para este territorio. Se trata, simplemente, de explorar y explotar el dato de que la región sintetiza una colocación estructural que la habilita como punto

9 Esto remite a las ya referidas concepciones ‘pragmática’ y ‘crítica’, ligadas directa o indirectamente a la propagación del proyecto civilizatorio moderno.

desde el cual llevar a cabo una reinterpretación no eurocéntrica de la historia del mundo e impulsar el desmontaje de los mecanismos de la occidentalización compulsiva a los que este mundo fue sometido tras la integración de América a la geografía planetaria (*Cfr.* Todorov, 1998 & Arciniegas, 2005).

Resulta factible, por consiguiente, desde esta parte del globo plantear una *nueva comunicación alter(n)ativa*, primero en el plano epistemológico-teórico y luego en el de la praxis.

Esta alter(n)atividad tiene que ver tanto con el carácter local y localizado (nativo) del pensamiento comunicacional latinoamericano –de donde se desprende su otredad (es, por ello, un *alter*)–, como con su fuerza transformadora (de alteración). Y la novedad concierne ante todo a su diferencia con la comunicación alternativa de la década de 1970, que más bien estaba centrada en contrarrestar el monopolio de la palabra ejercido por los sistemas mediáticos ligados a los poderes internos y transnacionales.

La Comunicación está, pues, convocada a pensar y actuar saliéndose de los límites del proyecto de la Modernidad y de sus supuestos (la ‘transmodernidad’, para Enrique Dussel –2008)¹⁰, así como a avanzar en una ruta pos-occidental que solo es posible avizorar poniendo los pies en la colonialidad.

Recuperar la *substantia* del pensamiento crítico regional y entender, en clave latinoamericana, el hecho humano y social básico de la (inter)relación significativa para la convivencia y la comunicación constituyen, sin duda alguna, la pieza maestra de esta construcción liberadora.

Referencias bibliográficas

- Arciniegas, G. (2005). *Cuando América completó la Tierra*. Bogotá: Villegas.
- Arpini, A. (Comp.). (2003). *Otros discursos. Estudios de Historia de las Ideas Latinoamericanas*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo.
- Bautista, J.J. (2013). *Hacia una crítica-ética de la racionalidad moderna*. La Paz: Rincón.
- Beltrán, L.R. ([1976] 1982). Premisas, objetos y métodos foráneos en la investigación sobre comunicación en América Latina. En de Moragas, Miquel (Ed.) *Sociología de la comunicación de masas* (pp. 94-119). Barcelona: Gustavo Gili.
- Beltrán, L.R. (2013). *Comunicación para el Desarrollo. Origen, Teoría y Práctica*. Oruro: Comunicación.
- Beorlegui, C. (2010). *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano. Una búsqueda incesante de la identidad*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Castro-Gómez, S. & Grosfoguel, R. (2007). Prólogo. Giro decolonial, teoría crítica y pensamiento heterárquico. En *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre.

¹⁰ Véase Bautista (2013, pp. 147 y ss.).

- CIESPAL (1973). Informe provisional: Seminario sobre "La investigación de la comunicación en América Latina". *Chasqui*. N° 4, p. 11-25. Recuperado de <http://bit.ly/2ewRpnj>.
- Dussel, E. (2008). 1492 – *El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del "Mito de la modernidad"*. La Paz: Biblioteca Indígena.
- Foucault, M. ([1968] 1986). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México: Siglo XXI.
- Kane, O. (2011). *África y la producción intelectual no eurófona. Introducción al conocimiento islámico al sur del Sáhara*. Madrid: Oozeabap.
- Lander, E. (Comp.). (2000). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Mejía, Ó. (Dir.) (2013). *Identidad y pensamiento latinoamericano*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- O' Gorman, E. ([1958] 2005). *La invención de América*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Quijano, A. (2009). Colonialidad del poder y clasificación social. En Saavedra, J.L. (Comp.) *Teorías y políticas de descolonización y decolonialidad*. Cochabamba: Verbo Divino (149-190).
- Reinaga, F. (1978). *El pensamiento amáutico. El pensamiento indio*. La Paz: Partido Indio de Bolivia.
- Salazar, A. ([1968] 2006). *¿Existe una filosofía de nuestra América?* México: Siglo XXI.
- Todorov T. ([1982] 1998). *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo XXI.
- Torrigo, E. (2015a). La "comunicación occidental". Eurocentrismo y Modernidad: marcas de las teorías predominantes en el campo. *Journal de Comunicación Social*. 3, 41-64. La Paz: Universidad Católica Boliviana.
- Torrigo, E. (2015b). *Contribuciones y límites del pensamiento teórico latinoamericano en la constitución moderna del campo conceptual de la Comunicación: 1960-2009*. Estudio inédito. La Paz.
- Zea, L. ([1965] 1976). *El pensamiento latinoamericano*. Barcelona: Ariel.
- Zea, L. ([1969] 2010). *La filosofía americana como filosofía sin más*. México: Siglo XXI.